

PASIÓN DE LAS SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD

INTRODUCCIÓN DE ARMAND PUIG

TRADUCCIÓN DEL LATÍN DE
ALEJANDRA DE RIQUER

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Passio Perpetuae et Felicitatis*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la introducción, 2015 by Armand Puig i Tàrrrech
© de la traducción, 2015 by Alejandra de Riquer Permanyer
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, *La última oración de los mártires cristianos*
(1863-1883), de Jean-Léon Gérôme

ISBN: 978-84-16011-56-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 9461-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción
de ARMAND PUIG
7

Nota de la traductora
23

Pasión de las santas
Perpetua y Felicidad
25

INTRODUCCIÓN

de ARMAND PUIG

Cinco familias de manuscritos de los siglos IX-XII certifican el texto de la *Passio* o Pasión de las santas Perpetua y Felicidad y de Sáturo, Saturnino y Revocato, martirizados en el anfiteatro de Cartago, capital de la provincia romana del África Proconsular, el día 7 de marzo de 203. La prosa latina del texto de la *Passio* se enmarca en el latín del siglo III, que dará origen al latín cristiano y a su primer cultor, Tertuliano (de quien se ha afirmado que podría ser el redactor final de la Pasión de Perpetua y sus compañeros mártires). Se acepte o no esta hipótesis, lo cierto es que la noticia del martirio de Perpetua ya aparece en los dos grandes escritores cristianos provenientes de aquella provincia africana: el propio Tertuliano (*De anima* 55, 4), natural de Cartago y contemporá-

neo de los cuatro mártires (240 después de Cristo), y Agustín, natural de Tagaste y obispo de Hipona (430 después de Cristo), quien escribió diversos sermones sobre su martirio (*Sermones* 280; 281-282). El martirio de Perpetua y sus compañeros también está atestado por una inscripción en mármol descubierta en una basílica cristiana de las afueras de Cartago, en el barrio de Mçidfa, que probablemente deba identificarse con la *Basilica Maiorum*, donde se veneraba la memoria de los mártires. Por otra parte, en comparación con otras Pasiones, el texto de la Pasión de Perpetua ofrece un elemento singular: la integración, por el redactor final, de dos relatos autobiográficos, de Perpetua y Sáturo, escritos de su propia mano, relativos a los hechos y visiones que preceden a su martirio (respectivamente, §§ III-X y XI-XIII). Por todo ello, no hay razón alguna para negar la autenticidad de los hechos narrados en la Pasión de los mártires de Cartago, encabezados y liderados por Vibia Perpetua, mujer bella y culta, de conocida alcurnia cartaginense y madre de un

niño de pecho. En el otro extremo de la clase social encontramos a Felicidad y Revocato, que son hermanos y esclavos. Desde sus inicios, el cristianismo es socialmente transversal.

La Pasión de Perpetua puede dividirse en cuatro partes, correspondientes a los cuatro momentos y lugares en que suceden los hechos narrados. Las cuatro partes van precedidas por una introducción de tipo teológico (§ 1) sobre el testimonio de fe de los mártires, signo del poder del Espíritu Santo y de sus dones, entre ellos la fortaleza ante el combate martirial. La introducción o prólogo presenta algunos resabios montanistas, como la reiterada referencia a los «últimos tiempos», propios del Espíritu Santo (cita de Hechos de los Apóstoles 2, 17-18).

En primer lugar (§§ II-III), se produce el arresto de los futuros mártires en Thuburbo Minus, una ciudad situada 50 km al sur de Cartago. El arresto parece ser la consecuencia del edicto del emperador Septimio Seve-

ro, precisamente originario de África, que prohibía las conversiones al cristianismo y al judaísmo. El hecho de que un catequista (Sáturo) y cuatro catecúmenos sean detenidos lejos de Cartago, su probable ciudad natal (por lo menos, la de Perpetua), obedece a aquella prohibición antiproselitista, que pretende ser burlada—sin éxito—trasladándose fuera de la capital de la provincia de África. Cuatro de los detenidos (Perpetua, Felicidad, Revocato y Saturnino), todos ellos catecúmenos, reciben el bautismo, conjuntamente con Secúndulo, otro catecúmeno que morirá en la cárcel decapitado (acaso porque era ciudadano romano, le ahorraron el tormento de las fieras). Sáturo, el catequista de todos ellos, también detenido, ya está obviamente bautizado. Reciben el bautismo en el cuartel de Thuburbo Minus—no se trata de ninguna cárcel—, adonde han sido conducidos por los oficiales y guardias del Estado romano que los han detenido. Desconocemos quién los bautiza. Los futuros mártires se preparan espiritualmente para unos even-

tuales «sufrimientos de la carne». Por su parte, Perpetua debe resistirse a su padre, quien quiere hacerla flaquear en su compromiso.

En segundo lugar (§§ III-VI), se realiza el traslado de los prisioneros a Cartago, donde se les encierra en la cárcel proconsular de la ciudad, inhóspita e insalubre, situada probablemente en la colina de Byrsa, al sureste de Cartago. Después, dos diáconos conseguirán que se les saque temporalmente de las mazmorras y puedan recibir la visita de sus familiares. Allí Perpetua amamanta a su hijo, hasta que el padre de ella, contrario a su conversión, ya no le trae más al niño. También allí Perpetua tiene la visión de la escalera de bronce. «Pocos días después», los futuros mártires son conducidos a un estrado que da al foro de la ciudad, donde son interrogados ante la multitud por el procurador Hilariano. Éste, ante su negativa de ofrecer sacrificios «a la salud de los emperadores», los condena a morir *ad bestias*, es decir, a ser arrojados «a las fieras». Perpetua hace caso omiso de las súplicas de su padre, que quiere hacerla desis-

tir de su conversión, y, ante la pregunta de Hilariano («¿Eres cristiana?»), responde: «Sí, lo soy». El procurador Hilariano, administrador de la provincia, es quien actúa como gobernador y ejerce el *ius gladii* o «derecho de espada» dictando penas capitales, ya que el procónsul Minucio Timiniano ha fallecido.

En tercer lugar (§§ VII-XVII), los prisioneros, ya condenados a muerte, son trasladados a otro lugar del mismo Cartago, a la prisión militar, situada en el interior del *castrum* o instalación castrense donde están acuarteladas las tropas romanas al servicio del gobernador. Antes, sin embargo, Perpetua tiene la visión de Dinócrates, su hermano pequeño, que sufre en el otro mundo. Los condenados son atados al cepo, por lo menos la primera noche, a la espera de su ejecución, que tendrá lugar en el marco de unos juegos castrenses convocados «con motivo del aniversario del César Geta», hijo menor del emperador Septimio Severo, el día 7 de marzo de 203, los cuales se celebrarán probablemente en el anfiteatro de la ciudad. Ya en la prisión mi-

litar, Perpetua concluye su visión de Dinócrates viendo que éste ha sido finalmente liberado «de su tormento» gracias a las oraciones de su hermana, que va camino del martirio y que por esta razón está dotada de una intercesión poderosa ante Dios. Los prisioneros cuentan ahora con la buena voluntad del suboficial Pudente, encargado de las visitas, quien facilita que vengan a verlos muchas personas (entre ellas, por enésima e infructuosa vez, el padre de Perpetua). El día antes de la ejecución, Perpetua tiene su tercera visión: la del egipcio derrotado, símbolo del diablo vencido por la perseverancia de los mártires sostenidos por Cristo. También Sáturo tiene una visión, en este caso la del paraíso, un jardín lleno de flores con una casa de luz donde se encuentra el trono de Dios, que acoge a los mártires. La visión incluye ahora una referencia al conflicto existente en la Iglesia de Cartago entre el obispo Optato y el sacerdote Aspasio: los ángeles los exhortan a reconciliarse. Por otra parte, la providencia divina se encarga de que Secúndu-

lo tenga una muerte «dulce» en la cárcel: lo decapitan y no va a pasar por el tormento de las fieras. Por otra parte, Felicidad también es agraciada, pero en sentido contrario: da a luz a la niña de la que estaba encinta, y así puede añadirse a la lista de los que morirán (según el derecho romano, una embarazada no podía ser ejecutada, ya que se condenaba a morir a un inocente, el *nasciturus*). Todos están a punto para la gran prueba. Los condenados convierten la «cena libre» de la vigilia de la ejecución en un ágape, una comida fraterna cristiana.

En cuarto lugar (§§ XVIII-XXI), adviene el día de la ejecución, que se realiza bajo la modalidad llamada *ad bestias*. Llegados los mártires al anfiteatro para su segundo bautismo—el de sangre—, Perpetua se niega con éxito a que se les disfrace de sacerdotes de Saturno (los tres hombres) y de sacerdotisas de Ceres (las dos mujeres). Ya en la arena, cuando pasan ante Hilariano, que preside los juegos haciendo las veces de procónsul, le recuerdan con gestos que el juicio de Dios

caerá sobre él. La réplica es inmediata: los cinco mártires deben ser fustigados al pasar entre dos filas de uno de los tipos de gladiadores presentes en el espectáculo, los *reciarios* (*retiarii*). Éstos son los de nivel más bajo y van pertrechados de tridente y red—el otro tipo de gladiadores mencionados en el texto son los cazadores (*venatores*), encargados de combatir contra las bestias—. Después Revocato y Saturnino son atacados por diversas fieras (un leopardo, un jabalí y un oso, el animal más temible) en la arena propiamente dicha y en el estrado, si bien Sáturo resulta ileso por dos veces. Por lo que respecta a Perpetua y Felicidad, señora y sierva, se las quiere hacer salir desnudas y envueltas en las redes de los reciarios, pero el público no lo acepta y salen a la arena vestidas con una simple túnica. A las dos mujeres les arrojan una terrible vaca salvaje que las embiste y las hiere gravemente. El público se da por satisfecho con este tormento y ambas mujeres son conducidas a la puerta Sanavivaria, la de los salvados. Al no morir ante la vaca, han vencido al diablo.